

TEJERO

"NO HA PASADO NADA; SOLO QUE ME ECHARAN 20 AÑOS"

MADRID. (PUEBLO.)

Momentos antes de entregarse, mientras fumaba su último cigarrillo en el Congreso el teniente coronel Tejero repetía en voz baja: «No ha pasado nada, lo único que a mí me van a caer veinte o treinta años de cárcel; pero no ha pasado nada.» Y astregando la colilla aún encendida sobre las alfombras del alacío de la carrera de San Jerónimo, se puso en marcha, dispuesto a entregarse. «Vamos, todo ha terminado.» Y salió. La mañana había empezado con la Policía Militar apostada frente al Congreso de Diputados. Habían salido ya algunas señoras víctimas de lipotimias, ataques cardíacos, bajadas fulminantes de tensión y con agotamiento físico y mental en sus rostros. «El ambiente en el interior es de serenidad y cansancio», explicó PUEBLO a las 7,30 de la mañana un miembro de la Cruz Roja que había entrado y salido varias veces. Una hora antes las fuerzas de la Guardia Civil del exterior habían sido retiradas para ser sustituidas por miembros de la Policía Militar, cuando cumplían doce horas de secuestro y alrededor del Congreso empezó a notar un movimiento de vehículos y dotaciones, después que el general Aramburu Topete había dialogado con los jefes de la Policía Nacional y de la Guardia Civil.

IDAS Y VENIDAS

En las dependencias del Palacio, convertido en el esperado cuartel general, continuaban reunidos los generales Sáenz de Santararía, el gobernador civil de Madrid, Mariano Nicolás, y otros altos cargos y jefes de otros cuerpos. El general Aramburu iba a intentar una negociación titánica para terminar este asunto lamentable. Irá y volverá, pasea la calle, cruzará la calle. A veces a punto ya de entrar un «principio de acuerdo», que se viene luego abajo ante la insistencia del capitán Tejero. «Miláns del Bosch ya es jefe de Gobierno», repite a los diputados, que no le creen, porque Fernando Abril Martorell mantenía escondida una noticia que escuchaba cuando día, relatando a sus compañeros de encierro las noticias.

Algo Cervero, ministro de Cultura, se dirigió en un momento a un teniente y, desrochándose la camisa, le dijo: «Dispara ahora.» Eran las 8,30. Tejero ordenó que se fuera y que se sentara en un sofá. Grupos de personas se van acercando, curiosos, a las proximidades del Congreso y gritan: «Viva la democracia.» Las mujeres de los guardias civiles que no participaron en el fallido golpe van a pedir a sus maridos que salgan, «que se enguén, porque ellos han recibido órdenes y no sabían qué pasaba». En ese momento se aproximaban al palacio las Cortes cuatro tanques ligeros de la Policía Nacional, así como algunos autobuses de dichas fuerzas. Hay optimismo, algún uno dice en voz baja que Tejero no cederá fácilmente. El general Prieto ha estado mediando en el conflicto por voluntad propia, porque «nadie lo ha llamado».

La mujer de Carrillo, la de Galicia, un hijo de León y otros familiares están en la calle y no son capaces de saltarse el cordón policial. Hay angustia y rimas. Hay miedo, otra vez, cuando Tejero pide bebidas y tabaco. Lo hace por teléfono y por teléfono mantiene contactos. ¿Con quién? lo dirá el sumario.

No hay declaraciones de altos mandos hasta que, a las nueve de la mañana, cientos de periodistas se lanzan hacia el Congreso a caballo con treinta números, que se colocan a órdenes de sus mandos. Otras fuerzas montadas en el mismo cuerno montan

des del Palacio de Congresos y Exposiciones, donde se desarrolla la Conferencia Europea de Seguridad, donde

Vivas a la democracia en la calle Tensa espera en el Palacio de las mujeres de los diputados Hasta último momento, el teniente coronel que dirigió el asalto, mantuvo contactos telefónicos y esperó...



Carmen, la mujer de Felipe González, observa la calle desde una ventana del Palacio, en espera de la ansiada liberación

Rupérez no ha podido intervenir con un discurso sobre el terrorismo.

Es a esa hora, nueve y diez de la mañana, cuando, por primera vez, se siente cierta relajación en los mandos. «Hay una posibilidad, vamos a ver si la aprovechamos.»

CASCOS BLANCOS

En una de las ventanas del nuevo edificio del Congreso, situada en la primera planta y haciendo esquina, puede distinguirse desde lejos la presencia de dos miembros de la Policía Militar. Da la impresión de que están realizando funciones de vigi-

Poco antes de las nueve y media la Junta de Jefes de Estado Mayor señala, a través de un comunicado, que la mayoría de los diputados, todavía en el palacio del Congreso, podrían salir dentro de diez minutos.

Hay incredulidad y esperanza, pero especialmente rumores. Barajas y el aeródromo de Getafe podrían ser los lugares de despegue de un avión que llevase a Tejero fuera del país. Nadie sabe nada, pero tampoco se desmiente esta posibilidad hasta que el golpista señala en una conversación telefónica: «No me iré en avión; me mareo.» Pero la posibilidad de libertad es mayor, cada minuto mucho mayor.

El capitán de navío Camilo Menéndez, vestido con su uniforme reglamentario, se encontraba, dicen, desde primeras horas en el interior del Congreso apoyando la acción del teniente coronel Tejero; pero ya no hay te-

Dirección General de la Seguridad del Estado los subsecretarios y secretarios de Estado, Gobierno provisional y en estrecho contacto con la Junta de Jefes de Estado Mayor. Todos obedecen órdenes del Rey.

La Junta de Jefes desmiente que en diez minutos, es decir, poco después de las diez, se va a proceder a la evacuación de los parlamentarios. Es un rumor que no se ha creído. Empieza la euforia y también otra vez miedo cuando en la plaza de Neptuno grupos de ultraderechistas se concentran y gritan: «Tejero, ¡mátalos!» Contestan otros grupos de ideología contraria. «¡Viva la democracia!» y «¡Vosotros, fascistas, sois los terroristas!» La Policía los disuelve tras enfrentamientos y golpes de escasa importancia.

SALTOS POR UNA VENTANA

El acuerdo aún no ha llegado, pero una veintena de guardias civiles abandonan las Cortes por una ventana de la sala de Prensa. Pesan directamente a unos autocares preparados momentos antes. Otros guardias y miembros de la Guardia Civil hacían gestos a los agentes para que se dirigieran al exterior por la misma ventana. Los guardias que salían portaban sus armas reglamentarias.

A las doce y tres minutos salen los primeros diputados. Hay gritos y emoción: «¡Viva la libertad! ¡Viva la democracia! ¡Viva la Constitución!» Los gritos se repetían insistentemente mientras los parlamentarios se daban abrazos entre sí.

La mujer de Felipe González está en una habitación del Palacio, pero el líder socialista se ha ido ya. Antonio Garrigues-Walker abraza a Soledad Becerril, y los dos lloran. Rojas Marcos dice que Gutiérrez Mellado ha sido maltratado. Suárez se abraza al público, en un gesto espontáneo que le compensa del encierro a que fue sometido.

La Mesa del Congreso fue la última en abandonar el edificio, para, a continuación, subir a una de las furgonetas de la Policía Nacional. Los diputados estrenan libertad.

La totalidad de los guardias civiles que han intervenido en los sucesos son conducidos en seis autobuses al Colegio de Guardias Jóvenes Duque de Ahumada, en Valdemoro. A las dos y veinte de la tarde permanecían dentro de los autobuses con el gesto ausente y en silencio. Suárez marchó al palacio de la Zarzuela para entrevistarse con el Rey e informarle del drama del secuestro. Posteriormente, en el palacio de la Moncloa, se celebra una reunión de Gobierno con asistencia de todos los ministros y la secretaria del Estado para la Información, Rosa Posada. A las 2,35 terminaba la reunión.

Los padres del teniente coronel habían declarado en Málaga: «Sólo pensamos en morirnos; qué vamos a pensar.» Y el teniente coronel Tejero, que ya había avisado al pueblo español en la «Operación Galaxia», se había quedado solo en el amplio hemiciclo de las Cortes durante unos segundos, hasta que salió a entregarse y se introdujo en un coche negro.

mor, todo está perdido para los golpistas.

MICROFONOS ABIERTOS

Hay micrófonos en el hemiciclo, y la cadena SER está retransmitiendo en directo lo que pasa. En un momento se producen voces, fue cuando el diputado de Alianza Popular se levantó de su escaño y gritó pidiendo salir. Inmediatamente todos los diputados secundaron la actitud del señor Fraga. Algunos prorrumpieron en gritos de «¡Viva España!», «¡Viva la democracia!».